



Es bueno aspirar a comprender a los demás, lo que implica respetarles en su misterio, en esos aspectos que nunca llegaremos quizá a penetrar, porque solo corresponden a Dios

Hace poco tiempo he leído un texto donde **Romano Guardini** explica admirablemente, a comienzos de los años 30, el sentido de la comunión entre los hombres, sus posibilidades y sus límites (cf. Guardini R., “Posibilità e limiti della comunione humana”, 1932, en Id., *Scritti filosofici*, I, a cura de **G. Sommavilla**, Milano 1964, pp. 319-334).

Aunque no lo declare abiertamente, se trata de un relato en cierto sentido autobiográfico, a partir de sus experiencias de aquellos años. Y, como sucede frecuentemente con Guardini, buena parte de lo que dice sigue siendo muy actual; en todo caso, ilumina nuestra comprensión de la vida y nuestra misión cristiana.

Desde los años veinte, y concretamente en el movimiento juvenil que Guardini procuraba orientar, se hablaba de “comunión” porque se esperaba poder vencer el **individualismo** que se cernía desde hacía tiempo sobre nuestra cultura. Se hablaba de **diálogo**, de la necesidad de **construir puentes y derribar barreras**. Se contaba con que el hombre tiene en su raíz **una llamada constitucional a la comunión humana**. Y eso parecía ser un buen fundamento de la educación y de la sociedad.

Al mismo tiempo, se percibía qué distintas son las culturas, las actitudes, los sentimientos de las personas. Hasta el punto de reconocer que debemos aprender también el significado y la vivencia de la soledad, pues **hay siempre algo de incomunicable en cada uno.**

La comunión perfecta no existe

Por ese camino -es el relato de su propio itinerario- se llega a reconocer que la comunión perfecta no existe entre personas. Cabría pensar entonces en lograr **la comprensión**, el conocimiento mutuo, el poder descubrir lo que piensa y siente el otro, para participar en su vida.

Pero enseguida se descubre que esto también es difícil: las malas interpretaciones, la búsqueda inconsciente de la *autoafirmación* aun con las mejores intenciones..., etc.; es decir, que hay que “reconocer que el otro no se puede comprender del todo”. Es más, ni siquiera podemos conocernos bien a nosotros mismos, e incluso **san Pablo** decía que debíamos incluso renunciar a juzgarnos a nosotros mismos.

Comprensión y fidelidad

Con todo, es bueno aspirar a comprender a los demás, lo que implica respetarles en su misterio, en esos aspectos que nunca llegaremos quizá a penetrar, porque solo corresponden a Dios. Nuestra comprensión mejoraría si nos acercamos a ellos tratando de conocer el marco de su existencia, de su relación con la naturaleza y con el mundo. Quizá eso solo se puede conseguir **si les amamos, no solo por lo que tienen en común con nosotros, sino también por lo que tienen de diferente.**

Así cada uno podríamos vencer la tendencia espontánea a centrarnos cada uno en “su mundo” cambiándola por otra imagen del mundo **policéntrica.**

Tras estos argumentos afirma Guardini que las personas no pueden “poseerse” sino ganarse siempre de nuevo, en un movimiento renovado y mutuo de apertura hacia el otro. Solo entonces se puede vencer la rutina, que amenaza toda relación de auténtica **fidelidad** entre las personas. Ciertamente con el paso del tiempo la relación de fidelidad -concluye- “puede convertirse en algo **lleno de fatiga y de sacrificio;** pero es justo así como se da el verdadero paso hacia lo personal”.

La Iglesia: santa y necesitada de purificación

Hasta aquí el escrito de Guardini sobre la comunión humana, sus posibilidades y límites. Es interesante que diez años antes escribiera: “Un acontecimiento de importancia ha comenzado, la Iglesia

despierta en las almas” (Cf. *El sentido de la Iglesia*, ed. San Pablo, Buenos Aires 2010, p. 15, original alemán *Von Sinn Der Kirche*, 1922), como tomando nota de una mentalidad que él veía abriéndose paso al principio del s. XX.

En efecto, **la Iglesia, en su sentido más profundo, está llamada a cumplir las expectativas humanas de comunión, de comprensión,** de entendimiento entre las personas, los pueblos y las culturas, en la común tarea de mejorar el mundo y preparar algo así como un esbozo del mundo futuro. Más aún, la Iglesia está llamada a cumplir esas expectativas **con la originalidad, profundidad y plenitud de las obras que tienen su fundamento vivo en Dios.** Ella es, esencialmente, comunión de Dios con los hombres y entre sí.

Esto no quiere decir -bien lo sabemos-, que la Iglesia sea perfecta en la historia. Dios ha querido que vaya perfeccionándose, sobre todo en lo que respecta a sus elementos humanos, siempre sujetos a la debilidad y al pecado. Así lo expresa el Concilio Vaticano II: “La Iglesia encierra en su propio seno a pecadores, y siendo **al mismo tiempo santa y necesitada de purificación,** avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación” (*Lumen gentium*, n. 8).

En efecto, la Iglesia es **santa en sí misma.** Lo es por su origen (porque procede de Dios Padre, ha sido fundada por Cristo y está continuamente vivificada por el Espíritu Santo desde el día de Pentecostés). Lo es por ser depositaria de las “cosas santas” (como la fe, los sacramentos y la vida divina que se nos da a participar). Y lo es como familia de Dios y “comunión de los santos” (es decir, de los justos, ya aquí en la tierra y sobre todo en el Cielo).

Al mismo tiempo la Iglesia es **una comunión por ahora solamente incoada,** imperfecta, hasta que llegue el tiempo de su plenitud. **Pero los pecadores somos nosotros; no la Iglesia** en lo que tiene de divina; ahí es santa y bella, como está anticipada en la figura de María, y realizada, aunque sea provisionalmente, en el corazón de los justos ya en la tierra. Somos nosotros, **pecadores, los que afeamos su rostro y lesionamos su figura ante el mundo.**

Comunión para la misión

Por eso la Iglesia es, ciertamente, *comunión*; pero durante el tiempo de la historia, en que vivimos, es una **comunión en marcha** hacia su plenitud, que se dará en el Reino de Dios consumado: cuando lleguen, como don divino al que de alguna manera podemos contribuir, los nuevos cielos y la nueva tierra. Y eso coincidirá con la etapa plena y definitiva de la Iglesia y del mundo. Por todo ello, *ahora* la Iglesia es **comunión para la misión.** Una comunión y una misión que, siendo

principalmente dones de Dios, nos piden a todos los cristianos **colaborar** día a día, con la mirada puesta en el bien, temporal y eterno, de todas las personas.

¿Qué pensar entonces ante los pecados de los cristianos e incluso los escándalos de los ministros sagrados, y las luchas internas que contemplamos dentro de la Iglesia? Las responsabilidades no son las mismas, pero ninguno de los cristianos podemos pensar que no nos compete ni la **purificación por nuestros errores y pecados**, ni la **misión para la que hemos sido convocados**.

De esta manera lo ha dicho **Francisco** ante un grupo de nuevos obispos: “De nada sirve señalar con el dedo a los demás, fabricar chivos expiatorios, rasgarse las vestiduras, cebarse en la debilidad ajena como gusta hacer a los hijos que han vivido en casa como si fueran siervos (cfr. Lc 15,30-31). Aquí **es necesario trabajar juntos y en comunión, seguros de que la auténtica santidad es la que Dios obra en nosotros**, cuando dóciles a su Espíritu volvemos a la alegría sencilla del Evangelio, de modo que su bienaventuranza **se encarne para los demás en nuestras decisiones y en nuestras vidas**” (*Discurso*, 13-IX-2018).

Ramiro Pellitero, en iglesiaynuevaevangelizacion.blogspot.com.